



www.loqueleo.com/bo

© 2024, Rosalba Guzmán Soriano

© De esta edición:

2024, Santillana de Ediciones S.A.

3.º anillo interno, Av. Pedro Rivera N° 3095

entre Av. Alemana y Av. Beni

Santa Cruz de la Sierra

Telf. (3) 3397998

ISBN: 978-99974-21-87-6

Depósito legal: 2-1-5601-2024

Printed in Bolivia - Impreso en Bolivia

Primera edición: octubre de 2023

Edición: Montserrat Esteban Alaix

Ilustración de cubierta: Armin Castellón

Impreso en SPC Impresores

Teléfono: 2111121

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Amorosos cuentos

Rosalba Guzmán Soriano

loqueleo

**La más
hermosa de
todas las
Navidades**

Todos se preparaban casi con un año de anticipación para celebrar la Noche Buena. Solo que este año ocurrió lo contrario. Nadie quería que llegue la Navidad. La araña Palmira se había peleado con la pulga porque, con sus torpes saltos, le había destrozado una de sus más bellas telas.

El grillo ni qué hablar. Desde que la cigarra vanidosa le había dicho que era un desafinado, no quería saber nada de fiestas. Como las lluvias de diciembre habían destrozado a la rosa primorosa,

el sapo se la pasaba derramando lágrimas todo el día y aumentando el caudal de la laguna.

10 Y así, todo el mundo andaba en líos. La zancuda no quería bailar *ballet* porque había engordado mucho y no se la veía bien; el ciempiés que tenía flojera amarrarse el cordón de sus zapatos; el escorpión que andaba de mal humor y quería dar escorpionazos a quien se le acercara. Solo Yolanda, la luciérnaga, volaba de un lado a otro intentando convencer a sus amigos para que no arruinaran la fiesta del amor y la hermandad.

Y fueron pasando los días, pero las cosas iban de mal en peor. Hasta las hormigas rojas invadieron, sin ninguna consideración, el hormiguero de las hormigas negras y les quitaron toda su comida.

Las hormigas negras juraron venganza y estaban todas metidas dentro del vacío agujero tramando un horrendo plan.

Al fin apareció en el cielo la estrella más brillante y hermosa, y mandó sus rayos luminosos avisando al mundo entero la Buena Nueva. La llegada del niño Jesús.

11

Yolanda, la luciérnaga, dio tres voltes en el aire formando círculos de luz y voló hasta casi alcanzarla para contarle las cosas que estaban ocurriendo allí en la tierra. La estrella titiló un tanto preocupada. Estuvieron charlando un buen rato. Unas risitas se escuchaban desde ahí arriba.

Yolanda bajó del cielo más linda que nunca, más luminosa que siempre.

—Te cuento, Palmira, que la pulga me ha dicho una cosa de ti.

—¡Ah sí! —dijo la araña poniéndose amarilla de odio—. ¿Y qué ha dicho de mí esa torpe y atolondrada pulga que rompió mi bella tela en forma de estrella de Belén...?

12 —Dice que te va a pedir disculpas —repuso Yolanda muy convincente— y que siente mucho haber estropeado tu tela. Va a dedicarte uno de sus saltos mortales si es que vas a la reunión de esta noche.

—¿Sí? ¡Oh! ¿Eso dijo? —La araña Palmira estaba sorprendida y hasta avergonzada—. ¿Pero, acaso habrá reunión esta noche?

—Sí —dijo Yolanda prendiéndose más de gusto—, todos están de acuerdo y nadie más tiene ningún problema.

—Entonces, yo también le tejeré una bufanda para la pulga —dijo la araña.

Luego Yolanda se fue donde la pulga y le dijo:

—¿Sabías que Palmira está tejiéndote una bella bufanda?

—¿Qué? —dijo la pulga dando saltos de admiración—. ¡No lo puedo creer!

—Sí —dijo Yolanda—. Dice que siente mucho el haberse enojado y que no quiere echar a perder tan linda amistad.

—Bueno —Dio unos saltos la pulga, mientras reflexionaba—. Entonces yo voy a pedirle disculpas.

—Qué tal si le dedicas tu gran salto mortal de la noche —sugirió Yolanda.

—¡Buena idea! —aprobo la pulga dando saltos de contento y se quedó así, saltando y saltando de gusto y ejercitando, de paso, el salto mortal para la noche.

Palmira se fue repartiendo luz entre las plantas, hasta la casa de la cigarra.

—Te cuento, cigarra, que el grillo me ha dicho una cosa de ti —le dijo.

—¿Ese desafinado, rompeoídos? ¡Qué ha dicho de mí, a ver qué! —dijo la cigarra.

14 —Que tú sí que tienes una voz preciosa y que no iré a la fiesta de Noche Buena porque tú no comprendes su música. Dice que le habría encantado hacer un dúo contigo y que ese hubiese sido el número romántico.

—¿Qué? ¡Oh! ¡Ah! ¿De verdad dijo eso? —preguntó la cigarra—. Pero en realidad, yo dije que el grillo es un gran cantor, solo que ese día estaba un poquitito desorejado. Pero él canta muy bien, claro, y podríamos combinar nuestras voces perfectamente y podríamos...

Y mientras la cigarra hacía sus planes, Yolanda se fue a buscar al grillo.

—No y no —decía el grillo— hasta que esa presumida no me venga a rogar, yo no voy y no voy a la fiesta.

—Pero escucha —le dijo Yolanda—, está arrepentida. Aquel día estaba ella con las orejas tapadas y no escuchó bien tu lindo canto. Hasta dice que le gustaría hacer un dúo contigo esta noche. Tal vez podría ser el número romántico, ¿no?

—¿El número romántico? ¡Ah! ¡Oh! ¡Eh! —dijo el grillo mientras afinaba su violín.

Yolanda fue en busca de la zancuda y la convenció de que no, que cómo, que estaba superbién, que tenía la mejor silueta y, mientras conversaban, le ayudó a desempolvar sus zapatillas de punta. Luego, convenció al ciempiés de que se pusiera

mocasines en lugar de zapatos con cordón y le contó sus mejores chistes al escorpión hasta hacerlo olvidar de su propia cola.

Hasta ahí la mayoría de los problemas estaba solucionado. Lo grave era con las hormigas.

16 Las hormigas negras estaban armadas hasta los dientes, y las rojas no se quedaban atrás. Estaban listas para la guerra.

Yolanda tuvo miedo, pero era mayor su deseo de tener en verdad una noche de paz y amor para todos; así que se arriesgó.

Entró despacito en el agujero vacío y oscuro de las hormigas negras, y prendió su lucecita azul.

—¡Qué haces aquí! —dijo una hormiga con el ceño fruncido. Todas la miraron dispuestas a atacar.